

Prólogo

Octubre de 1066
Castillo de Seacrest, Inglaterra

—El señor ha muerto, milady. Inglaterra ha caído.

El soldado se arrodilló ante Ellora, señora de Seacrest, en señal de respeto y agotamiento. Los toscos anillos de metal de su malla estaban cubiertos de humedad y de barro seco, y apestaba a frío y a suciedad, a desesperación y a sudor.

—¿Lord James ha muerto? —preguntó Ellora en voz baja sin dar crédito.

El soldado se limitó a asentir con la cabeza mientras permanecía en la misma posición suplicante.

—¿Cómo lo sabes? ¡Mírame! —le exigió haciendo un esfuerzo por mantener las manos entrelazadas sobre el regazo y no darle un golpe al joven, que ya estaba de lo más maltrecho.

El soldado levantó la cabeza y Ellora comprendió al instante la razón por la que había estado evitando su mirada: una herida le recorría la parte izquierda del rostro, le nacía en el casquete de cuero que tenía encima de la cabeza y le rodeaba la parte inferior de la oreja. Le faltaba el ojo izquierdo, un trozo flojo de piel irregular era lo único que le cubría la cuenca vacía. Sus labios grises se retorcieron en gesto de dolor cuando habló.

—Yo estaba justo a su lado cuando cayó —aseguró—. Su cuerpo viene hacia el castillo detrás de mí.

Ellora dirigió la mirada a través del inmenso salón hacia el portón de madera, todavía entreabierto tras la entrada a trompicones del soldado. Podía escuchar la creciente bulla que se estaba formando en el patio de armas que había detrás, los gritos y los lamentos de los siervos que habían quedado en el pueblo. El repiqueteo de unos pasos fue aumentando detrás de ella a medida que los sirvientes del castillo salían de otras estancias. Muchos habían visto acercarse al soldado que anunciaba el regreso de los hombres de Seacrest, y todos estaban ansiosos por tener noticias de sus seres queridos.

Sin decir una palabra más, Ellora rodeó al soldado y se dirigió hacia el portón como si estuviera en trance. Los criados circulaban a

su alrededor y salían por la puerta como un río de agua turbia, indiferentes al estado de ánimo de su señora. Al otro lado de la empalizada de madera, los habitantes del pueblo pululaban sobre la suave colina que los alejaba de la ciudad en dirección al grupo de aproximadamente quince hombres que se acercaba. Regresaban quince hombres de los casi doscientos que habían partido para apoyar al rey Harold en lo que parecía haber sido sólo unos días atrás. Quince hombres, la mayoría cojeando y arrastrándose loma arriba, alrededor de un grupo con heridas más leves, que arrastraban un bulto grande sobre una camilla improvisada. Los criados y los habitantes del pueblo más rápidos alcanzaron enseguida al grupo, y Ellora vio a las mujeres corriendo de hombre en hombre, desesperadas, agarrando brazos, observando rostros, buscando a los suyos.

Los ojos de Ellora se clavaron en la camilla, y abandonó la seguridad del umbral para abrirse camino ella también hacia el grupo.

“Soy viuda”, pensó una y otra vez mientras se acercaba a ellos. “Mi esposo ha muerto”. Sus ojos marrones permanecieron secos, ella muy estirada, sus pasos lentos y medidos al son del toque fúnebre que resonaba en su cabeza: “Muerto. Muerto. Muerto”.

El grupo de soldados que llevaba auestas la camilla atravesó el muro del pueblo y dejó el bulto que cargaban a los pies de su señora. Los hombres que pudieron se arrodillaron.

—Mi señora —dijo el más alto del grupo. Se trataba de Barrett, un hombre muy conocido en Seacrest y para lady Ellora. Era la mano derecha de su esposo y también su amigo.

—Luchó con bravura hasta el final —se pasó la mano, que parecía la garra de un pájaro, desde la desgredada melena hacia la fuerte barba—. Recibió un flechazo entre las costillas. No sufrió.

Ellora permaneció inmóvil, como si estuviera petrificada, con los ojos clavados en el bulto. Escuchó las palabras que Barrett pronunció con dulzura, pero fue incapaz de responder. La visión de la camilla le inundaba los sentidos. El cuerpo estaba envuelto en una tosca tela marrón, y sólo podía distinguirse la silueta de lord James, a excepción de una mano que había caído de la camilla y yacía con la palma hacia arriba sobre la tierra húmeda y compacta.

Los soldados que habían llevado la carga dieron un paso atrás en señal de respeto, excepto Barrett, que se negaba a dejar a su señor ni siquiera en su muerte. El hombretón se limitó a posar la mirada sobre un punto distante del horizonte, al sur, para proporcionarle a la señora un poco de intimidad. Parecía como si todavía estuviera vigilando al enemigo.

Entonces se arrodilló al lado de la camilla y alargó una mano vacilante para coger la de su esposo. La sintió fría y pesada, y la estrechó contra su piel cálida. Los dedos gruesos permanecieron rígidos sobre su palma, y ella le acarició con cariño la mano desde las yemas hasta la muñeca, hacia delante y hacia atrás. El patio estaba inusualmente silencioso. Sólo se escuchaban los suaves sonidos de los sollozos y los gemidos. Una repentina brisa fría se deslizó por la loma, presionando la túnica gris contra su delgado cuerpo y apartándole el velo de su rubia trenza. Entonces colocó la mano de lord James sobre su pecho y alzó el rostro hacia el viento, cerrando los ojos y aspirando el fuerte olor del otoño, una promesa del frío invierno que pronto envolvería Seacrest. Una única lágrima se le escapó de entre las pestañas. Su cálido trazo quedó enseguida congelado bajo la brisa.

Barrett se acercó más.

—¿Mi señora?

Entonces abrió los ojos. Desvió la mirada del brazo ahora extendido de su esposo y la clavó en una estrecha banda de color que tenía colocada alrededor de la manga expuesta de su camiseta.

—¿Mi señora? —repitió Barrett de nuevo—. ¿Lo trasladamos al salón?

“Una insignia”, pensó rozando levemente la banda azul cielo. Deslizó el dedo hacia el final y tiró para soltarla, dejando al descubierto un trozo de seda cubierto de barro y con la letra “C” bordada en hilo del mismo tono.

Entonces soltó el brazo de James como si le quemara. Todavía tenía el lazo enredado entre los dedos. Sentía que le faltaba aire en el pecho, no podía aspirar la brisa para llenarse los pulmones. Tenía el estómago líquido; sus ojos eran de piedra.

Se la había llevado a la batalla.

Finalmente aspiró algo de aire en el instante en que unos puntos negros comenzaron a nublarle la visión. Entonces alzó la vista para mirar el rostro preocupado de Barrett, y todo su cuerpo tembló cuando habló.

—Sí. Llévadlo al salón.

Entonces siguió a su esposo fallecido mientras lo arrastraban en la camilla por la oscuridad del salón. Llevaba la insignia de su brazo apretada en el puño, y mientras los pocos hombres que le quedaban colocaban a James delante del fuego, la mirada de Ella se dirigió hacia los escalones de piedra que daban justo al lateral derecho del salón.

—¡No! —el gemido resonó desde una habitación superior, dejando a soldados y sirvientes petrificados.

Entonces también se detuvo ante aquel sonido, pero sólo un instante

antes de acercarse al pie de las escaleras. Estiró la mano para detener a una sirvienta que se dirigía a toda prisa a subirlas.

—Mi señora, por favor —suplicó la mujer atreviéndose a agarrar la muñeca de Ellora—. Dejadme ir con ella. Ella no...

Ellora levantó la mano y le cruzó la cara a la sirvienta de una bofetada. La mujer se detuvo al instante, y Ellora la zarandeó para que le prestara atención.

—¿Dónde están las niñas?

La mujer señaló hacia las escaleras con la mano que se había llevado a la boca cuando otra ronda de gemidos cayó sobre ellas como si fuera lluvia.

—Escúchame bien —le advirtió Ellora tirando de ella para acercarla hacia sí—, ve con las niñas y quédate con ellas hasta que yo vaya a buscaros.

—Pero mi señora, Minerva...

—Minerva querrá estar con su señora —Ellora soltó a la sirvienta empujándola hacia las escaleras—. Y ahora vete y haz lo que te he dicho o te echaré de aquí y te enviaré con los normandos que sin duda caerán enseguida sobre nosotros.

En cuanto la doncella se hubo escabullido escaleras arriba, una imagen borrosa vestida de azul y rojo brillante bajó por ellas, chocándose con Ellora y agarrándose a ella.

—¡Ellora! ¡Ellora! —gimió la mujer cerrando los puños sobre la túnica de la señora—. ¡Dime que están mintiendo! ¡Por el amor de Dios, no puede ser cierto!

—Corinne —Ellora mantuvo a la mujer de cabello rojo apartada de sus hombros, y sus duros ojos marrones aguantaron la mirada azul líquida y escrutadora. Ellora señaló con el brazo el salón que quedaba detrás de ella.

—Comprueba por ti misma lo que has conseguido con tu maldad.

Corinne miró detrás de Ellora y sus ojos encontraron la forma todavía cubierta del señor de Seacrest. Apartó a Ellora a un lado y se precipitó hacia el salón.

Tambaleándose y tropezando en su precipitación, se acercó arrastrándose lo que quedaba hasta llegar al lado de James. Las manos de Corinne se clavaron en la improvisada mortaja, y cuando el rostro del señor quedó al descubierto, con los ojos abiertos y vacíos, su grito atravesó el aire como un relámpago en la oscuridad de la noche. Apartó todavía más el paño y fue recompensada con la visión del asta dentada de una flecha astillada donde la habían roto, firmemente clavada en el pecho izquierdo del señor.

Corinne se vino abajo sobre el pecho de James y le acunó el rostro con las manos, agarrándole el oscuro cabello con los dedos. Ellora se acercó por detrás para situarse detrás de las figuras tumbadas de su esposo y su antigua amiga.

—No, tu maldad no te ha afectado sólo a ti, sino a todos. —Ellora le lanzó la bola arrugada del lazo a Corinne. La tela la golpeó con suavidad y luego cayó al suelo—. Lo embrujaste hasta el punto de que ya no pudo luchar —abrió los brazos todo lo que pudo, como si quisiera dirigirse al inmenso salón, en el que sólo había unos pocos y dolientes ocupantes—. ¡El guerrero más grande de toda Inglaterra! ¡El campeón de Harold y de la Corona! ¡No había espada de galés ni hacha de vikingo que pudiera herirle! Las bandas de ladrones no se atrevían a acercarse a Seacrest por temor a la ira de su señor. Y ahora... ahora... —Ellora cayó de rodillas y agarró a Corinne por sus mechones de cabello rojo, girando el sollozante rostro de la mujer hacia ella—. ¿Qué es esto? Una diminuta astilla de madera lo ha derribado. ¿Qué va a ser ahora de Seacrest, Corinne? ¿Qué va a ser de nosotros, de tu hija y de la mía cuando lleguen los normandos? ¿Lanzarás un hechizo para protegernos? ¿Para proteger a toda Inglaterra de los bárbaros de Guillermo?

Ellora dejó de sujetar a Corinne del pelo y permitió que su cabeza cayera una vez más sobre el pecho de James.

—Tú lo has matado —susurró Ellora. Y luego dijo más alto, con incredulidad—, ¡eres una zorra de pelo rojo! ¡Has conseguido matarnos a todos!

Se puso de pie y observó los rostros que la miraban fijamente.

—¿Qué hacéis ahí parados? —gritó—. ¡Esta hechicera ha matado a vuestro amo y señor! ¡Prendedla y haced que la cuelguen!

Los ojos de los presentes se abrieron de par en par por el impacto que produjeron sus palabras, y algunos desviaron la vista de su señora, que obviamente había enloquecido por el dolor.

—¿No? Entonces lo haré yo misma —los ojos de Ellora buscaron un arma, y al no encontrar ninguna a mano, agarró un tronco de la chimenea apagada. Levantó el pesado objeto por encima de la cabeza y se preparó para lanzarlo sobre la espalda expuesta de Corinne.

—¡Ellora! —la fuerte voz de una mujer resonó con fuerza y fue rápidamente secundada por el grito de una niña.

Barrett apareció de repente y le quitó el tronco de las manos. Lo apartó a un lado y estrechó a Ellora entre sus poderosos brazos cuando estaba a punto de arrojarlo sobre Corinne. La dama se quedó

rápidamente sin fuerzas y se vino abajo en medio del dolor y la vergüenza, agarrándose a Barrett y sollozando.

Una niña de doce años corrió al lado de Ellora con sus trenzas rubias revoloteando, y se unió al abrazo de Barrett. Al otro lado del salón, la mujer de cabello gris cuya voz se había escuchado unos instantes antes arropaba a una niña más pequeña entre sus faldas. La niña se revolvió de entre las manos amables que la sujetaban y se liberó. Fue corriendo al lado de Corinne y se arrodilló a su lado.

—Madre, ¿qué le pasa a papá? —preguntó. Al ver que no obtenía respuesta, tocó a Corinne en el hombro—. ¿Madre? ¿Papá está durmiendo? ¿Por qué duerme en el salón?

La única respuesta de Corinne fue agarrar la mano de su hija, y la mujer mayor se acercó al lado de ellas. La niña alzó la vista.

—Minerva, ¿qué le pasa a papá?

Minerva se dejó caer sobre la esterilla de juncos.

—Oh, Haith, mi pequeña hada —murmuró acunando el rostro de la niña entre sus dedos nudosos—. El alma de tu papá ha dejado este mundo para unirse a los espíritus.

—¿Papá está muerto? —Haith se apartó de Minerva y miró más de cerca a su padre. Corinne seguía tendida sobre su pecho, y de ella salía una queda corriente de murmullos.

Haith estiró la mano y acarició vacilante un mechón de pelo de su padre. Luego se quedó muy quieta y dirigió la mirada hacia la otra niña.

—¿Bertie? —exclamó—. ¡Bertie, papá está muerto!

La niña rubia apartó la cabeza de la cintura de Barrett y, al observar la incertidumbre de su hermanastra, se acercó tambaleándose hacia ella. Las dos niñas se abrazaron sobre la esterilla de juncos y se quedaron mirando a su padre.

—No pasa nada —la tranquilizó Soleilbert acariciando a la pequeña, a la que llevaba cuatro años—. Papá está ahora en el cielo con los santos y los ángeles.

—Pero, ¿qué vamos a hacer sin él, Bertie?

—Todo va a estar bien —insistió Soleilbert a través de las lágrimas—. Todavía tenemos a nuestras madres y a Minerva.

Mientras las niñas hablaban, Minerva había traído varias cosas de la cocina en una bandeja y había vuelto a colocarse al lado de Corinne. Desmenuzó unas briznas de hierba en un pequeño cuenco de madera mientras murmuraba en voz baja. Añadió agua de una jarra y una pizca de sal. La anciana sacó su cuchillo de comer e introdujo la punta en el contenido del cuenco, esbozando líneas en la superficie del agua.

La pequeña concurrencia de aldeanos y soldados, Barrett incluido, salieron discretamente del salón cuando Minerva comenzó con su ritual. El sonido de sus plegarias cuando levantó el cuenco muy por encima de su cabeza sacó a Ellora de su meditación de duelo.

—¡No! —gritó corriendo hacia Minerva y arrojándole el cuenco de las manos. Cayó y se derramó por el suelo, vertiendo su contenido en la gente que quedaba alrededor de James—. ¡No traerás más mal a esta casa con tus brujerías! —señaló con el brazo hacia su marido muerto—. ¿No has hecho ya bastante?

Minerva se incorporó para mirar a Ellora. Los ojos le echaban chispas.

—¿Cómo te atreves a decir que alguien podría hacerle daño a lord James en esta casa? ¡Hay que limpiar su cuerpo y bendecir su alma para que se marche!

—Entonces debe hacerlo un sacerdote —dijo Ellora sin echarse atrás—, no una pagana impía.

—¿Y exactamente dónde piensas localizar a un sacerdote, mi buena señora? —Minerva se acercó más, colocando la nariz a la altura de la de Ellora—. Tal vez no te hayas percatado de que el único fraile de Seacrest no ha regresado con los hombres de tu señor. ¿Debemos quedarnos sentadas a esperar que el cuerpo de James se pudra delante de nuestros ojos?

—Vete de aquí —dijo Ellora apretando los dientes—. Coge tus cosas y las de Corinne y su bastarda —miró con dureza a Haith, que seguía agarrada de Soleilbert—, y sal de este salón.

—¡Madre! —jadeó Soleilbert— ¡No digas esas cosas!

—Te lo advierto, Ellora —dijo Minerva—, estás yendo demasiado lejos.

—No —Ellora sacudió la cabeza—. Esto ha durado ya demasiado. Nunca debisteis haber venido a Seacrest tantos años atrás, y ahora, el que os mantenía aquí —volvió a mirar a James y su voz se acalló un tanto—, ya no está.

—Esta casa es tan de Corinne como tuya.

—¡Ya no! —insistió Ellora.

—Nos iremos —aquellas suaves palabras pasaron entre las dos mujeres como una plancha de hierro. Corinne levantó la cabeza del pecho de su amante. Sus facciones parecían haber envejecido años durante la última hora. Minerva y Ellora la miraron conmocionadas.

—Se que mi presencia ha sido una carga para ti, Ellora —dijo Corinne—, pero no siempre fue así. En honor a la amistad que una vez

compartimos, partiremos al amanecer —sus dedos seguían agarrando a James—. Ahora ya no tenemos a nadie aquí.

—Corinne —dijo Minerva—. James hubiera querido que nos quedáramos. No tenemos por qué hacer esto.

—Muy bien —dijo Ellora como si no hubiera escuchado a Minerva—. El amanecer me parece un buen momento para que os marchéis.

—¡Madre, no! —gritó Soleilbert abrazando con fuerza a Haith—. ¡No hagas que se marchen!

—¿Qué está pasando, Bertie? —preguntó Haith con su pequeño rostro completamente pálido.

—¿Nos darás permiso para llevar a cabo la bendición? —preguntó Corinne con rigidez.

Ellora asintió secamente por toda respuesta, pero dio un paso adelante para agarrar a Haith y a Soleilbert del brazo.

—Voy a sacar a las niñas de aquí —dijo—. No tienen por qué presenciar estas cosas.

—No —Corinne agarró a su hija del otro brazo—. Haith se queda.

Reunió toda su fuerza y ganó el tira y afloja. Haith chilló y trató de agarrarse a Soleilbert, a quién Ellora estaba obligando bruscamente a ponerse de pie.

—Volveré, Haith —gritó Soleilbert mientras Ellora tiraba de ella escaleras arriba—. No tengas miedo.

Haith se retiró cerca de la chimenea y se sentó sola, agarrándose las rodillas con las manitas.

Minerva corrió al lado de Corinne.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó a la otra mujer, que estaba recuperando con lentitud las hierbas caídas de la esterilla de juncos.

—No voy a discutir esto contigo, Minerva —dijo Corinne arrastrándose alrededor de lord James y estirando la mano para coger el cuenco volcado—. Si nos quedamos aquí sólo conseguiremos aumentar el rencor que me guarda Ellora. Es mejor que nos marchemos ahora.

Minerva volvió a colocarse al lado de Corinne para ayudarla y seguir defendiendo su causa.

—¿A dónde nos llevarás? ¿A Escocia? Se acerca el invierno y la zona está plagada de normandos. Dos mujeres y una niña pequeña viajando solas se convertirán en un blanco fácil para los soldados —Minerva agarró a Corinne de la muñeca—. Tendremos suerte si morimos de hambre.

—Tal vez —dijo Corinne soltando el brazo de las garras de Minerva—. Pero tenemos animales que nos lleven y provisiones de sobra para sobrevivir hasta el final del viaje —le hizo un gesto a su hija para que se acercara.

Haith se aproximó a regañadientes y le apretó el brazo a Corinne.

—Pero madre, Bertie no podrá encontrarme en Escocia.

—Harás nuevas amigas, mi amor —susurró Corinne acariciando el cabello de la frente de su hija—. Tal vez te encuentres incluso con que tus primas te están esperando para jugar con un hada pequeña como tú.

—No quiero primas —dijo Haith. Sus ojos azules, tan parecidos a los de James, se llenaron de lágrimas por primera vez aquel día—. Bertie es mi *hermana*.

—Sh-h-h —Corinne atrajo a Haith a su pecho—. Lo sé. Pero debemos irnos. Los dioses nos ayudarán en nuestro viaje.

—Los dioses no ayudan a los necios —murmuró Minerva. Luego, con un tono más amable le preguntó a Haith—: Hada, ¿tienes alguna plegaria que enviarle a los ancestros con el espíritu de tu papá?

Los sollozos de Haith cesaron un tanto y asintió con la cabeza.

—Entonces ponle la mano encima durante la bendición y habla con él —Minerva sonrió—. Puedes susurrar si quieres... él te oirá.

Haith se alejó del círculo que formaban los brazos de su madre y se colocó al lado de James. Apoyó la cabecita en el antebrazo de su padre y deslizó la mano en la suya. Haith cerró los ojos cuando Corinne comenzó a hablar.

—Con inmenso amor entrego el alma de mi adorado esposo James, señor de Seacrest, al lugar de paz que los dioses tienen reservado para él...

Haith se concentró en la oscuridad que había bajo sus párpados y habló con la mente.

¿Papá?

El fuerte olor a salvia quemada le alcanzó las fosas nasales y aspiró con fuerza el aire. Su mente buscó en la oscuridad para dar con su padre, sin saber muy bien qué aspecto tendría su espíritu o cómo lo percibiría. Las voces de Corinne y Minerva se desvanecieron poco a poco.

Papá, ¿puedes oírme? Soy Haith. Por favor, papá, madre va a sacarme de aquí y a separarme de Bertie. Oh, ¿por qué tienes que estar muerto? Tengo miedo de Escocia y de los normandos, papá. ¡Minerva dice que vamos a morir de hambre!

En medio de la oscuridad de su subconsciente, apareció un agu-

jerito de luz, como si se hubiera encendido una pequeña brasa. Haith se concentró en aquella chispa con toda su fuerza.

¿Papá? ¿Eres tú?

El agujerito se hizo grande y se transformó en un punto, que se convirtió en una llama y después en un fuego amarillo dorado, tan cálido y brillante como la luz del sol. Una línea negra apareció en el centro de aquel sol y se fue haciendo más grande a medida que la oscuridad de la mente de Haith se convertía en un prado abierto de hierba verde, y la línea tomaba la forma de su padre.

James se acercó a grandes zancadas entre la hierba que le llegaba a la altura de la cintura, sonriendo y abriendo los brazos. Haith corrió hacia él gritando de alegría.

—¡Papá, has venido! —lanzó su cuerpecito sobre sus brazos y le hundió el rostro en el cuello. Su padre olía a sol cálido y a heno, y su espinosa barba negra le acarició la mejilla.

—¿Creías que no vendría? —se rió James abrazando a su hija—. Oh, Haith, cuánto te quiero —James bajó a Haith a la hierba con él y ambos se quedaron tumbados bajo el cielo azul.

—¿Qué vamos a hacer ahora que estás muerto, papá? —la niña lo miró con desconfianza—. Ya no parece que estés muerto...

James se rió a carcajadas, y aquel sonido pareció llenar todo el prado y el corazón de Haith. Su padre le hizo cosquillas en las costillas y ella también se rió.

—¿Verdad que no? —reconoció él—. Creo que sigo viviendo gracias a ti —sus ojos azules brillaron como joyas, y aquella dulce sonrisa no se le borró de los labios ni cuando pronunció las siguientes palabras.

—Haith, mi amor, pronto tendrás que enfrentarte a muchas pruebas, y quiero que me escuches con atención.

Haith asintió y sonrió a pesar de aquellas palabras que no auguraban nada bueno. Nunca se había sentido tan contenta como en aquel momento, acostada en brazos de su padre y escuchando el sonido de su voz.

—Pronto llegarán unos extraños a Seacrest —James inclinó la cabeza como si estuviera escuchando algo, pero lo único que Haith escuchó fue un pájaro y tal vez el distante trueno de una tormenta de verano—. No —se corrigió su padre—. Ya han llegado.

—¿Quiénes son, papá? —preguntó Haith trazando círculos indolentes sobre su pecho con el dedo. Ninguna flecha ensombrecía su amplia extensión.

—Normandos.

Haith se quedó muy quieta y miró a su padre a los ojos. Él tenía ahora la expresión muy seria.

—¿Me van a matar a mí también, papá? —preguntó con la barbilla temblorosa.

—No, amor, no —le aseguró él estrechándola contra sí—. Pero durante un tiempo habrá mucho dolor —el distante trueno se escuchaba ahora más cerca—. No debes tener miedo.

—Bertie me dijo lo mismo —Haith dirigió la mirada hacia el cielo en busca de nubes, pero no vio ninguna.

—Bertie es muy sabia, ¿verdad? —James volvió a sonreír y apartó a su hija de sí—. No hay demasiado tiempo, amor. Presta mucha atención.

—Sí, papá.

—No te separes de Minerva. Ella también es muy sabia, y te protegerá con su vida, pero tú debes hacerle caso en todo, ¿de acuerdo? —le pidió. Al ver que Haith asentía con la cabeza, continuó—. Haith, tú fuiste un regalo del Cielo para tu madre y para mí. El amor que nos tenemos el uno al otro es muy fuerte y especial, y eso fue lo que te creo a ti.

—¿Fue cosa de magia?

—Algo parecido —dijo James ahora precipitadamente—. Como nuestro amor es especial, tú también eres especial. Tal vez haya ocasiones en las que no sepas cómo actuar. Escucha a tu corazón. Reza. Sigue tu instinto. Aprende todo lo que Minerva tiene que enseñarte, y en su momento obtendrás todas las respuestas.

—¿Y qué pasa con Bertie? —preguntó Haith.

James se rió.

—Sí, Bertie te enseñará cosas también. Nunca estarás lejos de tu hermana, amor. Os haréis mayores juntas.

El trueno volvió a resonar una vez más, y James se incorporó tirando de Haith. La alta hierba se agitó sobre sus cabezas.

—Pero madre ha dicho que...

—No hay tiempo, amor —dijo James—. ¿Has entendido todo lo que te he dicho?

—Creo que sí, papá —Haith frunció el ceño—. Pero no me has dicho nada de madre.

—Tu madre y yo cuidaremos el uno del otro —James se puso de pie y la ayudó a levantarse. Se levantó el viento y les revolvió el cabello, negro el de su padre, rojo el suyo. James le señaló con un gesto detrás de ella y cuando Haith se giró para mirar, el castillo de Seacrest, que antes no estaba, apareció en la distancia. Haith con-

tuvo el aliento... unos nubarrones negros se cernían sobre el castillo.

Haith sintió la cálida presión de los labios de su padre en la parte superior de la cabeza y sus manos fuertes agarrándole con firmeza los hombros.

—Ve, amor, y encuentra a Minerva —le dijo a su espalda. Un relámpago iluminó el antiguo castillo de madera como para reforzar su orden—. Dile a Bertie que la quiero tanto como a ti —Haith sintió el roce de sus labios en la oreja cuando le susurró—. Mucho.

James le apartó las manos de los hombros, y cuando Haith se dio la vuelta se encontró con el aire vacío. La niña miró hacia el otro lado del prado aterrorizada y vio a su padre de pie en una loma lejana situada en dirección opuesta a Seacrest.

Relámpagos y truenos surgieron de la quietud con lo que parecía ser la furia de los infiernos, y Haith levantó el brazo para protegerse los ojos. El viento sopló como un manto frío, zarandeando su pequeño cuerpo, y ella gritó:

—¡Papá!

James no era más que un pequeño bulto en la distancia, pero cuando habló, su voz sonó tan clara como hacía un instante.

—¡Corre, Haith! ¡Corre hacia Seacrest! *¡Ahora!*

Haith se giró sobre los talones y corrió. El viento se hizo más fuerte, provocando que el pelo le azotara los llorosos ojos antes de pegársele a las mejillas. Se lo apartó y corrió rápido mientras los truenos y los relámpagos la perseguían más deprisa. Los cielos se abrieron justo entonces y la lluvia cayó en gotas pesadas y blancas que amenazaban con ahogarla.

Cuando Haith se acercó al familiar pórtico que daba al salón, disminuyó el paso y se arriesgó a mirar una vez más hacia atrás para ver a su padre. Tenía los pulmones sin respiración, y de pronto le dolía terriblemente la cabeza. Entrecerrando los ojos nublados, ahora apenas podía distinguir la figura de su padre, pero parecía que otra forma avanzaba a través del prado hacia él. Haith atisbó un cabello rojo ondulante y unos brazos extendidos hacia James.

—¡Madre! —gritó Haith. Entonces cayó el relámpago y todo se volvió muy, muy oscuro.

Capítulo 1

Abril de 1075

Castillo de Greanly, Inglaterra

—¡Deteneos! —gritó el hombre que parecía un oso. Estaba en medio del puente levadizo, defendiendo la entrada a Greanly, aunque las impresionantes puertas de hierro se habían bajado tras él—. Decid quién sois y qué venís a hacer a Greanly vos y los hombres que os siguen a caballo.

Tristan se giró para sonreír a su compañero, que acercó su caballo negro a la montura gris de Tristan. Su moreno amigo se quedó mirando al hombretón y suspiró.

—¿Es que las cosas tienen que ser siempre así de complicadas? —preguntó Pharao con irritación.

—Eso parece —se rió Tristan—. Al menos sé que mis posesiones han estado seguras durante mi ausencia.

—He dicho —gruñó el guardián del puente—, que digáis qué deseáis o tendréis que véros las con mi amiga —señaló con un gesto la gigantesca hacha de guerra que estaba sujetando.

Tristan se fijó en los bíceps duros como rocas del hombre, que se flexionaron cuando alzó el hacha, y supo que sería una buena baza para sus nuevas posesiones, aunque sólo fuera por su fuerza bruta y su lealtad hacia la aldea. Una cálida brisa de primavera recorrió la loma sobre la que se alzaba el castillo y alborotó con algo de esfuerzo el cabello rubio de Tristan, que estaba oscurecido por el sudor.

—Aquí huele de maravilla, Phar —dijo Tristan estirando los brazos antes de desmontar con un gemido. Movié varias veces los dedos de los pies, se giró a un lado y a otro y se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre los pies.

Pharao, que seguía montado, aspiró el aire.

—La verdad es que sí. Resulta muy refrescante después del hedor de Londres.

—Os lo advierto por última vez —dijo el guardián mirando a Tristan con recelo. Levantó la cabeza del hacha y la colocó en la otra mano, apretándola con fuerza contra su pecho cuando Tristan completó sus estiramientos y se acercó al puente con una sonrisa.

Barrett dobló los dedos sobre el hacha y cambió el peso sobre los pies con indecisión. Miró alternativamente al desconocido que seguía montado en el caballo negro y al hombre que se acercaba hacia él con tanta osadía.

¿Debía cargar contra él o no? El desconocido sonreía, y sus ropas eran de buen corte... sin duda no se trataba de un salteador de caminos que hubiera venido a robar el recién construido castillo, especialmente estando todavía tan lejos los camaradas que le seguían a caballo. ¿Se trataría tan solo de un viajero cansado en busca de provisiones?

Por otro lado, todavía no había respondido a las preguntas que le había hecho. De hecho, las había ignorado alegremente todas. ¿Sería un ser astuto y atrevido que se creería capaz de pillar a Barrett por sorpresa? La anchura de sus hombros y la dureza de las piernas indicaban que tenía fuerza suficiente como para mostrarse como un rival digno.

El hombre rubio se acercó a grandes zancadas al extremo del puente y miró hacia un lado, hacia el foso que había abajo. Luego le dio la espalda a Barrett e hizo algo con las manos que el otro hombre no podía ver.

—Discúlpame —dijo el desconocido girando un poco la cabeza.

Barrett supo que tenía que tomar una decisión. En aras de la protección del castillo, atacaría ahora y comprobaría más tarde si el desconocido respondía a sus preguntas.

Dando un paso de gigante hacia delante, Barrett se colocó detrás del hombre rubio y levantó el hacha por encima de su cabeza. De pronto, una sensación abrasadora le adormeció las manos, y el hacha cayó sobre el puente detrás de él sin provocar ningún daño. Barrett gruñó y se colocó las manos delante de la cara para ver las piedrecitas negras que se le habían clavado en la parte inferior de ambas palmas.

—¿Pero qué diablos...? —miró rápidamente al hombre moreno, que estaba haciendo círculos indolentes con las cuerdas de una honda de cuero que sujetaba entre los dedos mientras sacudía la cabeza. Bajo el puente resonó el sonido de un chorro de agua y Barrett giró la cabeza hacia el hombre rubio sin dar crédito.

—¡Eh! —dijo ofendido—. No hay necesidad de hacerse pis en mi puente.

Tristan se ató las calzas y volvió a girarse una vez más hacia la puerta. Sonrió y señaló con un gesto el cubículo de piedra que sobresalía en uno de los laterales del muro del castillo.

—Ahí es donde va a parar todo al final, ¿verdad?

El guarda se frotó las manos, que todavía le picaban, en las calzas y miró hacia la construcción indicada.

—En cualquier caso, es de mala educación —refunfuñó.

—Mis disculpas —se rió Tristan entre dientes haciendo una pequeña reverencia—. Me temo que esta es una costumbre en la que incurro cuando recorro largas distancias a caballo. Perdona, pero creo que se te ha caído el hacha.

—*¿Quién sois vos?*

—Me llamo Tristan D'argent, el descarriado señor de Greanly.

El guarda abrió los ojos hasta el punto de que estuvieron a punto de salirsele de las órbitas. Hincó rápidamente una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza.

—Mi señor —balbuceó—. ¡Perdonadme! No lo sabía.

—No te preocupes por eso... —Tristan se detuvo y miró fijamente al hombretón que seguía arrodillado delante de él—. ¿Cómo te llamas, buen hombre?

—Barrett, mi señor —dijo levantándose e inclinándose a la altura de la cintura—. Soy el alguacil de Greanly —el hombretón se sonrojó—. Es decir, hasta que vos decidáis otra cosa, por supuesto, mi señor.

—Bien hecho, alguacil Barrett —respondió Tristan—. Esto demuestra que haces bien tu trabajo, guardando mi casa hasta mi llegada. Te felicito.

Pharao había desmontado y se colocó al lado de Tristan.

—Tendría que haberte golpeado antes.

Tristan estaba acostumbrado a las miradas de curiosidad que provocaba su amigo, y Barrett no reaccionó de forma diferente al percibir el rostro picado de viruelas de Pharao, su cabeza envuelta en un turbante y el caftán blanco.

Pharao observó a su vez detenidamente a Barrett.

—Si hubiéramos sido salteadores de caminos, a estas alturas estarías muerto.

—¿Eso crees? —Barrett miró de frente al audaz desconocido y se cruzó de brazos.

—Alguacil Barrett, te presento a mi mano derecha, Pharao Tak'Ahn —dijo Tristan—. Phar, este es el alguacil Barrett.

Pharao hizo un gesto de desdén con la nariz mientras clavaba la vista en aquella bestia peluda, mientras que Barrett se limitó a gruñir, recordando tal vez el escozor provocado por la honda del otro hombre.

Tristan miró primero a uno y luego a otro. Su amplia sonrisa era la prueba de que la situación le divertía.